

Puede decirse que “Agesilaus Santander” es a las tesis sobre filosofía de la historia de Benjamin lo que “Avenir! Avenir!” al pensamiento histórico de Michelet. Así como en la nota del diario de Michelet la imagen de Pauline Rousseau, Madame Poullain-Dumesnil o quizás ambas mujeres se funde en una consideración sobre las generaciones futuras, en el escrito de Benjamin la meditación sobre la vida privada proyecta sobre la imagen del *Angelus novus* de Paul Klee, como ha observado Gershom Scholem, “la felicidad melancólica del dialéctico” en una enigmática “iluminación” donde el porvenir –entrevisto en una figura femenina– se revela como el lugar del origen. El ángel con el que se identifica habita entre las cosas perdidas y tiene el aspecto de todo aquello de lo que debió separarse. Con firmeza, el ángel fija sobre él su mirada durante largo rato, como si fuera a atacarlo con sus filosas pezuñas, pero luego “se echa hacia atrás, incesante e incontrolablemente”, para arrastrarlo en su vuelo “hacia un futuro desde el cual él mismo es empujado”, para llevarlo consigo “por ese mismo camino a través del cual ha venido” y que co-

sucesivamente el 12 y el 13 de agosto de 1933. Véase nuestra traducción al español en Gershom Scholem, *Walter Benjamin y su ángel*, edición de Rolf Teidemann, Buenos Aires, México *et al.*, Fondo de Cultura Económica, pp. 44-46.

noce tan bien que lo recorre en sentido opuesto de espaldas, sin apartar jamás los ojos del ser que envuelve en sus alas.³⁶

La imagen se retoma en la célebre tesis novena de “Über den Begriff der Geschichte”, donde se dice que el “ángel de la historia”, mientras vuela hacia atrás empujado por el huracán del progreso, quiere infructuosamente detenerse, “despertar a los muertos y recomponer lo despedazado”.³⁷ El ángel de Benjamin no puede hacer lo que únicamente corresponde al Mesías, representado en la “parte intermedia” del fresco del *Juicio Final* de Miguel Ángel que decora la Capilla Sixtina a la que alude Michelet en “Avenir! Avenir!”. En esa “esfera indecisa”, debajo de las imágenes de Cristo, María y los Santos, puede verse un grupo de ángeles del apocalipsis que despiertan a los muertos de sus tumbas con sus trompetas, mientras otros dos, situados delante, leen el libro de la vida: los salvos, de un lado, ascienden al Cielo; del otro, los condenados son precipitados en las llamas.



36. *Ibid.*, pp. 521 <Erste Fassung> y 523 <Zweite Fassung>.

37. *GS* II/1, p. 697.

CARLO GINZBURG Y SEBASTIANO TIMPANARO, “CORRESPONDENCIA EN TORNO A FREUD”, CON UNA NOTA DE CARLO GINZBURG

Nota bene. La correspondencia que aquí reproducimos fue publicada originalmente en Enrico Ghidetti y Alessandro Pagnini (eds.), *Sebastiano Timpanaro e la cultura del secondo Novecento*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005, pp. 317-345. Hasta donde sabemos, estas cartas se editan aquí por primera vez en español, con los comentarios y notas originales del profesor Ginzburg, a quien agradecemos por la gentileza de permitirnos reeditarlas, junto con unas pocas notas que señalan, sobre todo, ediciones en español de las obras mencionadas. Por otra parte, cabe aclarar que la obra de Timpanaro recibió poca atención de las editoriales en lengua española. Si no nos equivocamos, sólo existen una versión de sus escritos sobre el materialismo y otra de su libro dedicado al *lapsus* freudiano, aunque ambas están ago-

tadas.¹ La traducción estuvo a cargo de Nicolás Kwiatkowski: la elección del español rioplatense es intencional.

Conocí a Sebastiano Timpanaro en 1957, cuando llegué a Pisa para estudiar en la Scuola Normale. Yo tenía dieciocho años, él treinta y cuatro. La diferencia de edad me intimidaba; pero más me intimidaban su severidad y su compromiso político. Tanto yo como Francesco Orlando, en nuestros años pisanos, lo encontrábamos con frecuencia, pero siempre en compañía de otros. Cuando dejé Pisa, seguimos intercambiando libros y fragmentos y continuamos escribiéndonos cada tanto. Al fines de los años '70, nuestras relaciones epistolares se espaciaron. Los sentimientos de admiración, de reconocimiento y de afecto que tenía por Timpanaro permanecieron inmutables. Pero, de hecho, dejamos de vernos; el último encuentro, en Roma, fue casual.

Siempre pensé en Timpanaro como una de las personas que más influyeron en mi formación. ¿Por qué, en un determinado momento, nuestras relaciones se distanciaron? No

1. N. del t. *Praxis, materialismo, estructuralismo*, Barcelona, Fontanella, 1973, y *El lapsus freudiano*, Barcelona, Crítica, 1977.

fue, por cierto, por las divergencias “freudiana” y “palestina”, a las cuales se refirió Timpanaro en la última carta que recibí de él (25 de junio de 1995, véase más adelante). Pensaba y pienso, en cambio, como había escrito a Timpanaro diez años antes (carta del 23 de abril de 1985, véase más adelante), que nuestros vínculos se habían dañado tras la publicación de mi ensayo *Spie. Radici di una paradigma indiziario*, incluido en la compilación *Crisi della ragione* (1979).² A Timpanaro, esa obra no le gustó. Mis páginas también debieron irritarlo. Las habrá juzgado brillantes, “inteligentes” (adjetivos que tenían para él una connotación negativa). Sobre todo, habrá considerado como coquetaría irracionalista un paradigma que vinculaba la adivinación, el psicoanálisis, la historiografía, etc. Pero estas son conjeturas, porque de aquel ensayo Timpanaro no me habló nunca (ni, que yo sepa, habló nunca de ellos en sus escritos). Este silencio, en un hombre riguroso y pasional como Timpanaro, listo para polemizar incluso áspidamente por amor a la verdad, me dejó estupefacto y me sorprende todavía hoy: sobre todo, porque aquel

2. N. del t. Ginzburg refiere a *Crisi della ragione*, editado por A. Gargani, Turín, Einaudi, 1979, pp. 59-106. La traducción española del ensayo fue publicada en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1999.

ensayo mío mencionaba explícitamente el *Lapsus freudiano*,³ invirtiendo de algún modo su punto de vista. Encuentro las premisas de esta inversión y tal vez las del sucesivo silencio de Timpanaro en mi reacción a las páginas del *Lapsus freudiano* en las cuales las explicaciones individualizantes del psicoanálisis se comparaban con las de la magia. “¿No creés”, le escribí (carta del 18 de marzo de 1975, véase más adelante), “que la historiografía está, en suma, bastante vecina al carácter concreto de la magia?”. Más adelante me referí a la objeción, formulada a Timpanaro por algunos amigos, según la cual las historias individuales están “en cuanto tales fuera del alcance de cualquier contraprueba”. Era una objeción que me tocaba de cerca, porque en aquel momento estaba terminando de escribir un libro de historia centrado en un individuo (*Il formaggio e i vermi*,⁴ que Timpanaro comentó con gran calor en una carta del 10 de febrero de 1976, no incluida en esta colectánea). El 1º de abril de 1975, Timpanaro replicó a las dudas que

3. N. del t. Ginzburg habla aquí de *Il lapsus freudiano. Psicoanalisi e critica testuale*, Scandicci, La Nuova Italia, 1975. Hay traducción en español, citada en la nota 1.

4. N. del t. *Il formaggio e i vermi*, Turín, Einaudi, 1976. Hay muchas ediciones en español, entre ellas *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981.

yo había formulado con esta observación: “Puede ser que la historiografía esté efectivamente en esta condición. Queda por ver si nuestro esfuerzo debe dirigirse a hacerla progresar de la magia a la ciencia o si, en cambio, se considera que la historiografía debe permanecer ‘mágica’, que su verdad consiste justamente en su carácter “historicista intuicionista”, “antinaturalista”, etc., imposible de eliminar. Yo optaría por la primera alternativa en este dilema”.

La última frase estaba acompañada de otra, en el margen: “(y creo que vos también)”. En mi caso, Timpanaro se equivocaba: terminé por optar por la segunda alternativa en el dilema, aunque la formulé de otro modo. *Spie* desarrolló los argumentos del *Lapsus freudiano* sobre la contigüidad entre ciencias inexactas como la historia, la filología, la medicina, extendiéndola, sobre el plano histórico descriptivo, a la adivinación, la *connoisseurship*, el psicoanálisis. Timpanaro no podía aceptar estas conclusiones, pero prefirió no discutir las. Nuestro diálogo se interrumpió, lo retomamos muchos años después y continuó de manera esporádica.

Las doce cartas que siguen son parte de un epistolario que comprende en total diez cartas y un billete de Timpanaro y siete cartas mías. Algunas cartas, de un lado y del otro, se perdieron. La selección sigue el desarrollo de una discusión que, a partir de la “cartota” del 5 de marzo de

1971,⁵ fulminante anticipación del *Lapsus freudiano*, terminó por tocar (a causa de mi conocimiento limitado) temas vinculados sólo indirectamente con la obra de Freud.

Las transcripciones son integrales; he indicado con puntos suspensivos entre corchetes la supresión de un par de pasajes no pertinentes. He transformado las palabras subrayadas en *itálicas*.

Agradezco a Maria Augusta Morelli Timpanaro por haberme permitido integrar el material que poseo.⁶

— I —⁷

Bolonia, 1º de marzo de 1971.
Querido Sebastiano,

gracias por el libro.⁸ Leí de inmediato el cuarto ensayo y luego

5. N. del t. "*Letterone*" en el original. Según Ginzburg, "la definición es de Timpanaro: cfr. S. Timpanaro-F. Orlando, *Carteggio su Freud (1971-1977)*, Pisa, Scuola Normale Superiore, 2001, p. 8.

6. Una selección de estas cartas se publicó, junto con la nota introductoria, en la revista "Novoe Literaturnoe Obozrenie", nº 65, 2004, pp. 35-59, editada por Sergei Kozlov.

7. Mecanografiado, 6 páginas (en posesión de Maria Augusta Morelli Timpanaro).

8. N. del t. Se refiere a *Sul materialismo*, Pisa, Nistri-Lischi, 1970, fue editado

releí los otros. Es un libro bellísimo. Lo que lo hace verdaderamente único en la cultura italiana (pero es una cualidad que caracterizaba también a *Classicismo e iluminismo*,⁹ al cual este libro se vincula mucho) es la unión de tensión y apasionamiento teórico con carácter concreto y atención al particular. Es una banalidad, pero para mí y para muchos otros la unión de estos dos aspectos en tu obra¹⁰ ha constituido un punto de referencia insustituible, desde hace una década. En una situación en la cual las alternativas posibles parecían un historicismo vacío y diplomático y el refugio en la filología, ha sido muy importante que hubiese alguien que pensara en grande sin caer en lo genérico. Me parece que la colección de ensayos apareció en el momento justo, sobre todo, quizás, por la polémica antivoluntarista que hay en ella y por la reafirmación de la necesidad de dar una base científica a la lucha por el socialismo. Es un libro muy denso, seguiré leyéndolo por un buen tiempo, en tanto quisiera intentar hacerte algunas objeciones y comunicarte algunas insatisfacciones que había advertido

en inglés por NLB en 1975 y en español en 1973 (véase la nota 1).

9. N. del t. *Classicismo e iluminismo nell'Ottocento italiano*, Pisa, Nistri-Lischi, 1969.

10. Las palabras "en tu obra" fueron agregadas a mano sobre la línea.

ya leyendo los tres primeros ensayos en *Quaderni piacentini*, y que buscaré precisar. Disculpame la confusión, pero son cosas que no tengo muy claras todavía.

Leía hace un tiempo una colección de escritos de Walter Benjamin sobre Brecht, publicada en traducción por Maspero (no sé si la has visto). En un pasaje de los diarios de Benjamin, muy bellos, se refiere un diálogo entre Benjamin y Brecht que tuvo lugar después del '33; uno de los dos, me parece que fue Brecht, decía: "Es necesario partir de las malas cosas nuevas, no de las buenas cosas viejas". Esta frase, referida a la literatura, y en polémica implícita con las posiciones de Lukács, me conmovió y me parece que tiene una validez general. Leyendo tu libro, pensé que no estarías de acuerdo con ella. Me parece que hay en ello no una nostalgia por algunos aspectos del pensamiento decimonónico, esto absolutamente no, sino una concepción excesivamente defensiva del marxismo. Por cierto, tenés razón en polemizar con los marxistas que corren detrás de la última moda, ellos diluyen el marxismo para conciliarlo con el estructuralismo y con el psicoanálisis, etc. (el cuarto ensayo es muy bello). Pero me parece que tu discurso es demasiado unilateral, en el sentido de que vos, después de haber subrayado la importancia de la distinción entre la *ideología* reac-

cionaria, antimaterialista, etc. de estas direcciones culturales (estructuralismo, psicoanálisis, etc.) descuidás luego, *de hecho*, el problema constituido por las adquisiciones científicas obtenidas por estas direcciones. Reconocés que el problema existe, pero no lo enfrentás de hecho. Pienso, corregime si me equivoco, que no se trata de un mero corte expositivo, esto es de un argumento postergado para una ocasión mejor.¹¹ Mi impresión es que el problema de la asimilación en el marxismo o en parte del marxismo de las de las adquisiciones *científicas* de estas corrientes culturales es, a tus ojos, infinitamente menos importante (además de menos urgente) que la demistificación de las implicancias *ideológicas* reaccionarias de estas corrientes. Yo, en cambio, pienso que el primer problema es importantísimo. Pienso que este tipo de investigaciones despierta, aunque no siempre, una infinidad de cuestiones concretas nuevas, con las cuales es necesario hacer cuentas, y que la demistificación ideológica no es suficiente. Por lo demás, los marxistas "conciliadores", llamémoslos así, operan siempre la conciliación, digamos, entre marxismo y psicoanálisis, en un nivel "teórico", en realidad verbal, y no buscan de hecho trabajar duramente sobre los hechos.

11. "Las palabras "un" y "esto es" fueron agregadas a mano sobre la línea.

Por cierto, no basta con pedir a los psicoanalistas que sean “más sociales”, con “dar más espacio a la sociedad”: lo decís vos muy bien. Pero me pregunto qué sentido tiene partir siempre de las “buenas cosas viejas”, reafirmando talmudísticamente la fidelidad a los textos sagrados,¹² como hace el burócrata de Sève (de quien he leído solamente la polémica con Godelier y no su libro sobre la personalidad) con quien me parece que sos un poco indulgente en exceso.¹³ Incluso porque la distinción que hacés entre ideología y adquisición científica¹⁴ no me parece siempre sencilla. Tomá, por ejemplo, el caso de la historiografía. Hasta cierto punto, citás favorablemente las observaciones de Braudel sobre la historia lenta, las “fuerzas semipermanentes”, etc.: de acuerdo. Pero en Braudel estas observaciones, que me parecen una adquisición científica importante que merece consideración, a. se vinculan estrechamente con una ideología reaccionaria que

12. La palabra “sagrados” se agregó a mano sobre la línea.

13. N. del t. Se refiere a Lucien Sève, *Marxisme et théorie de la personnalité*, París, Éditions Sociales, 1969. Su debate con Godelier se desarrolló en *La pensée* a fines de los 60 e inicios de los 70 y fue reproducido, por ejemplo, en el *International Journal of Sociology*.

14. Siguen algunas palabras tachadas a mano “a propósito de estas disciplinas decimonónicas”.

tiende a sobrevalorar las “fuerzas semipermanentes” para devaluar la importancia de las rupturas revolucionarias, incluida la Revolución Francesa (esto es más evidente, usualmente, en seguidores de Braudel como Pierre Chaunu, pero está presente también en Braudel, por ejemplo en su manual *Il mondo attuale*);¹⁵ b. este reconocimiento de la importancia de las “fuerzas semipermanentes” se debe en parte a la influencia del marxismo sobre la historiografía burguesa más inteligente y avanzada, y a la exigencia de castrar esta influencia (no exclusiva, sino acompañada en este caso por la influencia de corrientes vinculadas con el positivismo, como la geografía humana francesa). (Entre paréntesis: un punto débil de tu argumentación, me parece, reside en el escaso o nulo peso dado a esta influencia del marxismo sobre el pensamiento burgués. Lo que decís en la p. 34 no lo comprendo: ¿por qué el pensamiento burgués contemporáneo debería ser necesariamente caracterizado por un “progreso en el refinamiento metodológico” y una “involución en la ideología”? En cierto sentido, soy más pesimista que vos: creo que el pensamiento burgués, incluso porque es taloneado por el marxismo, tiende a asumir frecuentemen-

15. El libro de Braudel es *Le monde actuel: histoire et civilisations*, París, Belin, 1963. Hay edición en español de Tecnos (1968).

te formas objetivamente siempre¹⁶ más peligrosas, incluso porque su refinamiento es también ideológico).

Te decía que tu concepción del marxismo me parece excesivamente defensiva. Me parece que te preocupás demasiado por la pureza, en gran parte a reconquistar, de un marxismo que debería estar asentado y encuadrado frente a las sirenas culturales neocapitalistas. (Esta posición, por cierto no en tu caso, podría acompañarse de formas de neozdanovismo, un peligro que me parece siempre recurrente en las posiciones de extrema izquierda,¹⁷ como han mostrado incluso, recientemente en un nivel ínfimo, los recorridos de algunos grupos marxistas leninistas italianos como l'Unione). Yo pienso, en cambio, que el marxismo debería estar continuamente a la ofensiva: no, por cierto, en las formas verbales, sino en forma seria y en el nivel de los contenidos (para coquetear con las terminologías y las teorías son buenos todos). También porque creo que es preciso confirmar con claridad que el marxismo no es una barreta que abre todas las puertas, sino que en gran parte todavía está por construirse. Ofrece algunos puntos firmes, decisivos: ofrece algunas indicaciones de máxima, importantísimas, pero deja una infinidad de

16. “Siempre”, agregado a mano.

17. “Posiciones de extrema izquierda” es un agregado hecho a mano.

pescado por freír. Insistís, justamente, muchas veces en la relación entre estructura y superestructura (me parece bellísima la nota 16 de la p. 25) y sobre la necesidad de dar un contenido concreto, empírico, a esta cuestión. Perfectamente de acuerdo. Pero ahora surge el problema de construir una psicología marxista (no verbalmente marxista): y entonces me parece que tu liquidación de hecho del psicoanálisis es inaceptable. El psicoanálisis tiene raíces materialistas, de acuerdo (incluso si, me parece, al inicio Freud se preocupaba de ligarlo con la fisiología del sistema nervioso, un intento luego abandonado): pero la masa de los hechos y nexos¹⁸ empíricos acertados provistos por el psicoanálisis es algo con lo que es preciso saldar cuentas. Me sorprendió mucho verte liquidar el Freud de la *Psicopatología de la vida cotidiana*,¹⁹ libro que me parece grandísimo, genial, no obstante sus ocasionales (o quizás frecuentes, pero el núcleo positivo es lo que cuenta) forzamientos y trapacerías: pienso que muchas de las²⁰ afirmaciones de

18. “Y nexos”, palabras agregadas a mano.

19. N. del t. Hay decenas de ediciones de esa obra de Freud de 1901 en español. Por ejemplo, *Obras completas de Sigmund Freud*, Vol. VI, trad. De José Luis Etcheverry, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu, 1976.

20. Las palabras “pienso que muchas de las” fueron agregadas a mano.

Freud en este libro están documentadas y probadas, en el sentido en que un historiador, por ejemplo, puede hablar de prueba, sobre la base de un cierto grado de coherencia interna (tal vez solicitar²¹ una *demonstración* en sentido científico al psicoanálisis es un error). Pienso que en tu desconfianza del psicoanálisis hay dos órdenes de consideraciones a mi juicio erróneas. A. La distinción de las ciencias en (tendencialmente) más materialistas y menos materialistas, que rigidiza y absolutiza las observaciones de Mirri, válidas me parece solamente en un plano táctico, de la política cultural (p. 12, nota 6). Por lo demás, de este modo concedés demasiado al adversario. B. Una visión un poco demasiado esquemática del desarrollo de las ciencias; en cierto modo, exigís que nazcan ya todas científicas, armadas de ciencia como Minerva de la cabeza de Júpiter. En este sentido, recuerdo que una vez, a viva voz, catalogabas al psicoanálisis entre las manifestaciones de la cultura decadente de fines del siglo XIX, por la presencia en él de expresiones literarias como “pulsión de muerte”, etc. Pienso que también en este caso es preciso ir más allá de la necesaria demistificación ideológica y preguntarse si por medio de estas formas “precientíficas” no se

21. “Solicitar” es una corrección hecha a mano.

arriba a la adquisición, o al menos a preguntas científicas (yo creo que sí).

Una cosa más respecto del decadentismo. En la p. 117 hablás de Asor Rosa, “revolucionario en política y decadente en literatura”. Olvidémonos de Asor Rosa, respecto de quien creo que estamos en gran medida de acuerdo; esta contraposición no me satisface. Objetaría el uso del término “decadentismo”, que me parece demasiado genérico y detrás del cual creo entrever el término contrapuesto, y en mi opinión deletéreo y fuente de confusiones increíbles, del “realismo” lucaksiano. No sé qué querés decir con “decadente”, pero pienso que escritores como Baudelaire (¿decadente a medias?) o Proust, así como escritores “irracionalistas” como Kafka han dotado al marxismo, al pensamiento revolucionario, de adquisiciones cognoscitivas reales, y al mismo tiempo le han creado problemas reales. (Espero que estemos de acuerdo en atribuir al arte *también* una función cognoscitiva, aunque sea *sui generis*). Con esta gente es preciso saldar cuentas (y defenderse, hablando simplemente de escritores artísticamente grandes e ideológicamente reaccionarios significaría, en mi opinión, decir una cosa falsa y eludir el problema verbalmente). Si querés, es la cuestión de siempre de partir de las “malas” cosas nuevas (usando aquí el término “malas” en un sentido distinto del anterior). Y por el resto, las observaciones, muy

interesantes, parcialmente autocríticas, que hacés en el prefacio, en las pp. XIV.XV, deberían llevarte, antes o después, no te rías, no es broma, a saldar cuentas por ejemplo con Nietzsche, esto es con lo que hay de “científico” más allá del compromiso reaccionario y literario en Nietzsche.

En general, lo que decís sobre el giro antimaterialista e irracionalista de fines del siglo XIX no me convence del todo. Es un giro importantísimo, de acuerdo. Y muy justamente decís que los gérmenes de la involución futura estaban ya en un cierto positivismo. Pero no estoy seguro de que haya sido una mera involución, como la presentás: ¿no pudo haber sido *en parte* un pasaje dialéctico “clásico”, “negación-síntesis”? Esto es, dado por descontado el significado reaccionario general del giro, en algunos sectores culturales ese giro constituyó una “superación” efectiva. Un pintor como Van Gogh me parece típico. Pasa a través del impresionismo, típica pintura burguesa “de izquierda”, de la burguesía en ascenso; pintura científica, ligada con el positivismo) pero se aleja de él para buscar hacer una pintura más irracional, basada en un uso irracional del color (“quiero expresar con el rojo y con el verde las terribles pasiones humanas”, etc.). No creo que se trate de un caso aislado. Quiero decir con esto que el antimaterialismo y el irracionalismo de al menos una parte, la mejor, de la cultura

europea entre fines del siglo XIX y fines del siglo XX²² se propuso explorar problemas y zonas dejadas efectivamente irresueltas e intactas por la cultura materialista precedente. E incluso en este caso era necesario saldar cuentas con “lo nuevo”, aunque fuese ideológicamente tendencioso o negativo. Tal vez, me doy cuenta, incluso aceptando de lleno tus observaciones sobre la dialéctica (pp. 73 y ss.), sería propenso a dar²³ a las contradicciones dialécticas de la realidad un lugar más importante del que les concedés.

Perdoname esta carta larga y confusa. He insistido, como es claro, en los puntos de disenso. No me detengo a repetirte que el libro me pareció bello e importante.

Afectuosamente,
Carlo

— II —²⁴

Florenca, 5 de marzo de 1971.

Querido Carlo,
debo agradecerte dos veces: por la afectuosa carta que me escribiste en respuesta a la mía sobre el *Verdi*

22. Se trata evidentemente de un *lapsus*, en lugar de “inicios del siglo XX”.

23. En el texto, “hacer”.

24. Mecanografiado, tres páginas a espacio simple, recto y verso, con anotaciones marginales en tinta roja y negra (en posesión de Carlo Ginzburg).

de Gabriele²⁵ (te ruego de agradecer mucho también a tu madre) y por la otra carta que ahora recibo a propósito de mi libro materialista. Las cosas que decís al inicio de esta segunda carta van mucho más allá de lo que en efecto he podido hacer: no he logrado, ni en este libro ni en trabajos precedentes, “pensar en grande sin caer en lo genérico”; he sido, *parallelamente*, un filólogo dotado de toda la agitación y la micrología que constituyen los vicios profesionales de este género de estudiosos, y una especie de orador populista-pesimista-materialista de tipo tardo-decimonónico. Estos dos aspectos han permanecido yuxtapuestos: no existe una personalidad unitaria en mi caso. Este es, propiamente, mi juicio sincero sobre mí mismo, no es una manifestación de coquetería autodestructiva. Sólo espero, con libros como este último, que es el último de este género, pues volveré ahora a los estudios filológicos,²⁶ haber logrado representar el papel del “agua-fiestas” no del todo inútil, si indujera a gente más preparada a retomar

25. La carta de Timpanaro sobre *Abitare la battaglia* de Gabriele Baldini (Milán, Grazanti, 1970) está en posesión de Carlo Ginzburg. La respuesta de éste último no está disponible.

26. La frase es un agregado al final de la página con tinta negra, señalada con un asterisco.

estos problemas y profundizarlos. Y estaría contentísimo si, aunque sea para empezar, tuvieras el deseo de retomar en un artículo, más que en una reseña de tipo tradicional, las objeciones que me hacés en tu carta.

Tales objeciones son, al menos por la mayor parte, indudablemente justas. Lo que ahora te escribiré no desea tener un carácter de réplica, sino que solamente aspira a precisar algún punto y a incitarte a retomar, mejor en público que en privado, lo repito, la discusión. Por otro lado, aportás a esa discusión tu experiencia de estudioso de historia y de metodología historiográfica. Para mí, Braudel es una figura de contornos más bien imprecisos, aunque me doy cuenta yo también de la ideología reaccionaria que, en Braudel como también un poco en Momigliano, está debajo del discurso científicamente justo sobre la *longue durée*, para vos es un personaje bien conocido, él y sus secuaces, y toda la historiografía francesa moderna con sus tentativas de absorción y “castración” del marxismo. Pero vos podrías, aquí, como en muchos otros puntos, distinguir mucho mejor que yo lo “científico” de lo “ideológico”, y de advertir sobre la dificultad de trazar distinciones claras.

Sobre un punto tenés definitivamente razón: el tono generalmente “defensivo” y “pasatista” de mi libro. Es un límite que se debe en parte a

mi formación, a mis gustos atrasados incluso en campo artístico²⁷ (aquí, en lo que hace al arte, tenés razón particularmente);²⁸ en parte al hecho de que, al no ser experto en ninguna ciencia guía de la cultura del siglo XX me vi obligado en la práctica a poner el acento casi exclusivamente sobre aspectos ideológicos ulteriores de estas direcciones, y a no profundizar en el discurso sobre las adquisiciones científicas, con las cuales, empero, el marxismo debe saldar cuentas (aunque hasta ahora lo haya hecho muy mal, esto es dejándose enredar en la ideología). Quisiera, de todos modos, precisar que mi actitud defensiva no tiene que ver tanto con la pureza del marxismo cuanto con la exigencia de objetividad, el rechazo de todo lo que hay de ilusionista, espiritualista, charlatán en el “renacimiento idealista” del siglo XX. En lo que refiere a la pureza del marxismo, yo tampoco quiero defenderla. No soy, de hecho, un marxista ortodoxo, tanto es así que soy leopardista tanto cuanto marxista, soy antidialéctico, tengo una concepción de la relación entre hombre y naturaleza que, aunque está lejísimos de aquella de los marxistas del siglo XX, no corresponde exactamen-

27. Las palabras en itálica están subrayadas con tinta roja.

28. Las palabras entre paréntesis son un agregado marginal en tinta roja, sin llamada en el texto.

te tampoco con la de Marx y quizás menos con la de Engels (cfr. lo que declaro en la p. 218, al final del penúltimo párrafo, y en la p. 15, párrafo 6). Soy, en todo caso, un marxista heterodoxo, cuya heterodoxia va en un sentido opuesto a la de los marxistas del siglo XX, los cuales tienen, sí, el defecto²⁹ ce no declarar francamente la propia heterodoxia, sino de presentarla, en cambio, como “interpretación auténtica” del verdadero Marx, el cual habría sido falsificado por Engels y Lenin. De aquí la necesidad de cumplir con una doble tarea: restablecer “aquello que Marx ha realmente dicho” contra las falsificaciones de los varios Korsch, Colletti, Althusser, Adorno, etcétera (y en esta tarea modesta de restablecimiento de la verdad incluso el “burocrata Sève” amerita, a mi juicio, un reconocimiento entre los más inteligentes, pero más tramposos, Godelier y Althusser); ver, luego, si incluso el marxismo “auténtico” no es él mismo demasiado hegeliano, demasiado “heredero de la filosofía clásica alemana”, demasiado ajeno a toda una tradición de pensamiento bien diversamente antimetafísica, científica, materialista, de cuanto no fuera la tradición alemana (ni repudiar a Hegel para unirse a Kant constituye, como cree Colletti y han creí-

29. Frase cancelada en tinta entre “sí” y “defecto”: “a mis ojos el ulterior”.

do tantos otros antes de él, una solución a las dificultades).

Por cierto, no basta tampoco, me doy cuenta de ello, con integrar a Marx con Leopardi y con los materialistas del siglo XVIII o con Darwin. Quedan siempre por saldar las cuentas con la ciencia del siglo XX, con sus célebres adquisiciones científicas. Aquí, repito, se abre el problema de mi incompetencia personal: por ello, desde el prefacio, he subrayado el carácter ideológico-polémico, “pre-científico”, de mi libro. No soy capaz de ir más allá: la que sería mi “ciencia profesional”, la filología clásica, no sirve casi para nada a estos fines; la lingüística sería mucho más útil, pero soy poco competente en lingüística y no me sorprendería de hecho si en la primera parte del cuarto ensayo Giulio Lepschy y Tullio de Mauro encontrasen alguna necedad mayúscula. Sin embargo, cuando te veo defender con tanta pasión el psicoanálisis, no puedo, incluso sin ser experto, sino confirmar mi más fuerte perplejidad. No es cuestión de exigir que el psicoanálisis haya nacido desde el inicio “todo científico”: yo tengo también mucha simpatía por las ciencias inexactas (a la que pertenecen también la filología y la historiografía e incluso las ciencias biológicas y médicas). Pero el hecho es que, a mi modesto juicio, el psicoanálisis no es científico *ni siquiera tendencialmente*; es incluso un obs-

táculo a la cientificación de la psicología, porque tiende a separarla de la neurofisiología y a considerar las enfermedades nerviosas como algo radicalmente distinto de las enfermedades de otros órganos y aparatos y sistemas de nuestro cuerpo. El futuro de la psicología científica, para mí, está representado por Pavlov. Freud es un personaje importantísimo, pero no como científico, sino como creador de un gran “mito” de la burguesía decadente europea. Es el fundador de una nueva “brujería” necesaria para una burguesía refinada, que no tiene más ni la confrontación con las religiones tradicionales, ni luchas político sociales progresistas a sostener. Incluso aquello que sigue siendo su gran mérito, el haber roto el tabú del sexo, se re-dimensiona mucho si se considera que él no quería de hecho, tampoco en el interior de la sociedad burguesa, revolucionar las costumbres, volver más libres las relaciones familiares y sexuales, etc., sino que deseaba adaptar a los sufrimientos para vivir en esta sociedad.

Teniendo en cuenta que admiramos las explicaciones de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, me permitiré examinar un pasaje. Capítulo II: un joven judío con quien Freud conversa se lamenta de la condición de inferioridad en la cual permanecen los judíos en Austria, del triste destino de su generación “destinada a atrofiarse”, y

desea concluir con una cita del verso de la *Eneida*, “*exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*”, pero logra recordar solamente “*exoriare ex nostris ossibus ultor*”: omite *aliquis* e invierte el lugar de las palabras *nostris ex*.

¿Cómo se explica este error? Yo, con una cierta práctica de errores de tradición manuscrita, no tengo dificultad para explicarlo. La construcción *exoriare aliquis* es fuertemente anómala, porque el pronombre indefinido *aliquis* no se acompaña casi nunca con un imperativo. Sería como si en español dijéramos: “Emerge, algún vengador, de mis huesos” (en lugar de “Emerge, oh vengador...” o “Emerge un vengador...”).³⁰ En latín la construcción no es menos extraña que en español (aunque sí, como se puede leer en cualquier buen comentario estético del cuarto libro de la *Eneida* y como, además, es cierto, se trata de una rreza bella y eficaz): según la reciente sintaxis de Hofmann-Szantyr no hay en toda la latinidad ningún ejemplo comparable con este. Y, por lo poco que sé, igualmente extraña sonaría la frase en alemán por la asociación de un pronombre-adjetivo indefinido con un imperativo.

Así las cosas, es perfectamente natural que el joven interlocutor de

30. El original italiano es “Sorgi, qualche vendicatore, dalle mie ossa”; “Sorgi, o vendicatore...”; “Sorge un vendicatore...”.

Freud, citando de memoria, haya incurrido en una “banalización”: al eliminar *aliquis*, la frase virgílica³¹ se vuelve perfectamente normal “Emerge, oh vengador...” Banalizaciones de este género, no tengo necesidad de decírtelo, ocurren en todo momento, sea al transcribir un texto, sea (más aún) al citarlo de memoria.

También la inversión *ex nostris* en lugar de *nostris ex* es una banalización: en las lenguas modernas europeas, todos estamos acostumbrados a colocar la preposición antes de todo el grupo adjetivo + sustantivo (o sustantivo + adjetivo) que la preposición rige; y también en latín, pues es rara la colocación del tipo *nostris ex ossibus*, y es más frecuente la colocación del tipo *ex n. o*. Sin embargo, este segundo error *puede* también haber sido causado por el precedente: si el joven austríaco, como es verosímil, sabía bastante bien la métrica, habrá intentado, más o menos conscientemente, hacer funcionar el verso incluso sin *aliquis*: y, mientras *exoriare nostris ex ossibus ultor* no constituye una serie de palabras que pueda ser parte de un hexámetro, *exoriare ex nostris ossibus ultor* puede, en cambio, ser un pedazo de hexámetro (Freud mismo, en lo que hace a este segundo error, señala justamente esta explicación, aunque niega la otra, esto es, la banalización,

31. En el texto, “virgiliana”.

que no excluye la primera y que también debe ser, creo, tenida en cuenta).

En este punto, para mí, el doble error del joven austríaco queda explicado. Mi explicación no tiene nada de brillante ni de “inteligente”: llega a ella cualquier filólogo, incluso cualquier persona razonable. Pero, sin ser brillante, la explicación es justa, en mi opinión. Y, también por su simplicidad, es la primera explicación que se debe tener en consideración: solo después de haberla refutado (y te confieso que no veo cómo se la podría refutar o demostrar que es forzada o inverosímil) se podrá buscar otra.

Freud ni siquiera la toma en consideración. ¿Porque no le viene en mente? No: porque no le “hacía juego”. Él necesitaba, centrado como estaba en su pansexualismo, una explicación sexual. Y de allí proviene todo ese galimatías que conocés: de *aliquis* se pasa a *reliquie* y a *liquido*; y luego a san Simón de Trento, que se consideraba calumniosamente asesinado por los judíos; y luego a San Jenaro con su milagro, y finalmente a las menstruaciones que el joven austríaco teme fuertemente que no le vengan a su amiga italiana, porque la habría dejado embarazada. ¿Esta es una explicación al menos tendencialmente científica? No, es un juego de tramposos, que Freud juega en plena buena fe subjetiva, pero con una “mala fe objetiva”, como todos

los que desean demostrar a toda costa una tesis predeterminada.

¿Vale como prueba de la justeza de las explicaciones de Freud el hecho de que quien llega a ellas no sea Freud, sino su joven interlocutor impulsado por las preguntas de Freud? Según mi opinión, no, porque el interrogatorio de Freud es un típico ejemplo de interrogatorio “sugestionante”. Da, golpea, conduce, era natural que el interlocutor llegase a “confesar” la preocupación que lo atormentaba sobre cualquier otra en aquel momento. No hay duda de que temía haber embarazado a su amiga. Pero que por este motivo haya olvidado la palabra *aliquis* en el verso virgiliano es totalmente inde demostrable.

Supongamos que, en lugar de *aliquis*, nuestro joven hubiese dejado fuera *exoriare*. Con la libertad de “pasajes” que se permitía, Freud no habría encontrado dificultad alguna en hacerlo pasar de *exoriare* a *hora*, de *hora* al concepto de “tiempo determinado”, de ahí al hecho de que en un tiempo determinado viene la menstruación... Y llegamos al mismo resultado. O habría inducido al interlocutor a poner en relación el “emerger” con el “nacimiento”: con el nacimiento, ¡ay de mí!, de un niño, que el inteligente joven temía tanto. Supongamos que hubiese dejado fuera *nostris*: le habría hecho confesar que *noster* le hacía venir en mente el

Pater noster, y de Dios padre se habría podido pasar a san Jenaro y a las menstruaciones, o la palabra “padre” habría hecho venir en mente a nuestro joven el miedo de recibir la noticia de que la amiga napolitana dentro de no mucho tiempo lo habría hecho padre. No sigo solo para no romperte la paciencia; pero creo que has entendido lo que quiero decir: con “interrogatorios” de ese tipo se llega a todo partiendo de todo. Presta atención también a que el juego resulta tanto si una palabra se dejó de lado como si se la substituyó por otra o si se la agregó por error: con una gama tan amplia de posibilidades ¿qué cosa puede resultar inexplicable?

El problema de la *Psicopatología*, en mi opinión, está justamente aquí: todo se explica, y se explicaría también si los datos de partida fueran distintos. Y cuando se explica todo (cuando no queda ninguna proposición falsable, diría un neopositivista), no se explica en realidad nada.

Igualmente delirante, siempre en mi opinión, es el ejemplo del cap. I (Signorelli.Botticelli-Boltraffio). Desde el vamos, no creo que, como piensa Freud, el nombre de Botticelli le fuese igualmente familiar que el de Signorelli: creo que Botticelli le sería mucho más conocido (probemos de hacer un referéndum entre intelectuales de cultura alemana no especialistas de historia del arte y veremos el resultado: creo que obras como la

Primavera o el *Nacimiento de Venus* de Botticelli son parte integrante, incluso para un no especialista, de la idea vulgarata de Renacimiento italiano, mientras que no creo que Luca Signorelli goce de tanta popularidad. “Botticelli” por “Signorelli” es una vez más una banalización: la substitución de un nombre más raro por uno más conocido, de sonido semejante y no del todo extraño semánticamente al primero. En cuanto a Boltraffio, es ciertamente un pintor mucho menos conocido por nosotros, y lo habrá sido también para Freud; pero eso se explica por lo que en crítica textual se llamaría una “conjetura fallida”: una vez verificada la “corrupción” de *Botticelli*, Freud busca corregirla, restablecer la lección justa partiendo de *Botticelli*, y le viene en mente otro nombre de artista que comienza con *Bo-* (esto es, él no llega a individualizar el verdadero punto corrupto, y en consecuencia, en lugar de corregir la primera parte de la palabra, *Bottic-* en *Signor-*, asume como exacta la primera parte y corrige la segunda). También de esta corrupción “en dos tiempos”, primero banalización, segundo intento de corrección, hay innumerables ejemplos en todos los manuales de crítica del texto (por ejemplo, en el *Manuel de critique verbale* de L. Havet) y se encuentran frecuentemente en los aparatos críticos de las ediciones, más aún, en el estudio de la llamada tra-

dición indirecta, esto es, las citas hechas mayormente de memoria.

En lugar de esta explicación razonable (aunque sea, como de costumbre, “chata”), encontramos en Freud esa construcción grotesca que es resumida por él mismo en la p. 6 de la edición italiana. Sin examinarla punto por punto, quisiera destacar la verdaderamente útil “división del trabajo” que se instaura entre Bosnia y Herzegovina: la primera sirver para proveer las dos primeras letras de *Botticelli*, la segunda para remover la primera parte de *Signorelli*, a través de la semejanza de sonido entre Herzegovina y *Herr* y la traducción del alemán en italiano: *Herr* = “signore”. ¿No te parece extraño, entre otras cosas, que en el inconsciente de Freud pudiera haber una traducción semejante? Ella presupondría un hábito continuo de traducir de una lengua a la otra, o de servirse de ambas con igual dominio; y Freud, aunque hablaba bien italiano, no era por cierto “bilingüe”. Por lo demás, encuentro absurdo que el comportamiento de los turcos bosnios impactara a Freud por el hecho de que ellos llamasen al médico *Herr*, esto es, con un vocativo con el cual Freud se sentía llamar en cualquier lugar de lengua alemana, cotidianamente. Incluso si admitimos que la singularidad consistiera en el hecho de que esos turcos dijeran simplemente “Herr” y no “mein Herr” o “Herr Doktor” o cualquier otra

cosa, queda siempre el hecho de que la palabra *Herr* me parece demasiado de uso común y, en consecuencia, demasiado descolorida, para constituir, digamos, el núcleo o el elemento base del recuerdo.

El libro de Freud, por ello, a mi parecer, empieza muy mal, con un primer y un segundo capítulo que contienen cada uno una explicación totalmente delirante, lo que constituye una prueba de la monomanía de Freud mismo, no de su espíritu científico. Por cierto, no todas las explicaciones contenidas en los capítulos siguientes son igualmente absurdas; las hay también plausibles. Pero creo que lo que debilita todo el libro es justamente el concepto mismo de explicación, que Freud discute en las pp. 20 y ss. De la edición de Boringhieri. Cada explicación científica es, para Freud, siempre demasiado genérica: la arteriosclerosis, el dolor de cabeza, o la asociación de ideas, etc., explican cómo *puede*³² producirse un error de un cierto tipo, pero no explican jamás por qué una persona dada en una circunstancia dada cometió ese error de memoria. Incluso frente a la explicación “crítico-textual” que he dado sobre aquellos dos errores, un partidario del psicoanálisis respondería que la banalización es un concepto genérico, que banalizaciones puede haber mu-

32. Subrayado en tinta.

chas y que por ello no se comprende por qué se cometió precisamente esa banalización. Pero yo creo que, confrontando una explicación científica y una explicación “brujeril”, esta última tendrá siempre, o con mucha frecuencia, la apariencia de una explicación más individualizante. Si yo tengo dolor de garganta y voy al médico y él me diagnostica faringitis, puedo quejarme de que con este diagnóstico *mi* específico, personalísimo, dolor de garganta fue sumergido en una categoría anónima; si el médico, para darme el máximo de satisfacción, me explica que la faringitis me fue producida por estreptococos que encontraron en mi faringe un terreno favorable a causa del frío y del estado general de debilidad en el que quizás yo me encontrase, puedo siempre responder que todo sigue siendo demasiado genérico, ¿por qué los estreptococos me han golpeado a mí y no a mi amigo X, que estuvo expuesto al frío como yo y se encontraba en condiciones de salud generales peores que las mías? Como no hay ciencia sin generalización, se puede siempre acusar a la ciencia de ser genérica.

Si, en lugar de ir al médico, hubiese ido a una hechicera, obtendría, en lo referente a la exigencia de explicaciones individualizantes, muchas más satisfacciones. La hechicera, de hecho, no me hablará de una faringitis anónima, sino que me explica-

rá que fue mi vecino, con el cual había discutido dos días antes, quien me mandó el mal de ojo. Ahora mi dolor de garganta se inserta mucho más íntimamente en mi historia personal. Y bien, la explicación del error *Botticelli* por *Signorelli* como banalización es una explicación del “tipo faringitis”; aquella provista por Freud es del “tipo mal de ojo”. Es más individualizante, pero paga el “precio” con el “defecto” de ser completamente sesuda.³³

Se entiende que, puestos en este camino, terminaremos por encontrar que Freud mismo es demasiado “científico”, demasiado “generalizante” y “abstracto”. Si de hecho leemos la *Crítica de los fundamentos de la psicología* de Politzer (publicada recientemente por Nuova Italia en un volumen que reúne dos ensayos de Politzer bajo el título *Freud y Bergson*), encontramos a Freud combatido desde el punto de vista de un ultrafreudiano: Politzer acusa a Freud de no haber sido coherente con su concepción revolucionaria de la psicología como “drama individual” y de haber recurrido a categorías “abstractas”, recayendo así en la *vieja* psicología. (En la crítica de Politzer a Freud hay algo mejor: la exigencia de vincular la psicología al estudio del ambiente político social, la cual llevó luego a Politzer a convertirse en marxista;

33. “Cervellotica” en italiano.

y hay muchas ideas inteligentes que, según mi opinión, es mérito de Sève haber buscado retomar y desarrollar; pero *esa* objeción a Freud corría el riesgo de resolverse en una invitación a que el psicoanálisis se volviera todavía más coherentemente bruñido y anticientífico de lo que era; algo que de hecho ocurrió después, aunque no por obra de Politzer).

Me detengo por ahora, porque he escrito demasiado y te he roto horrendamente la paciencia. Disculpame la logorrea y el tono presuntuoso (involuntariamente). Retomaremos luego. Gracias de nuevo, muchos saludos afectuosos,

Sebastiano

— III —³⁴

Bolonia, 3 de mayo de 1971.

Querido Sebastiano,

había pensado en responder de inmediato a tu carta sobre la *Psicopatología*, porque me había entusiasmado mucho; y había pensado en releer la *Psicopatología* para responderte mejor. Así, terminé por no hacer ni una cosa ni la otra, y te escribo con mucha demora.

34. Cinco folios manuscritos, en posesión de Maria Augusta Morelli Timpanaro.

El hecho es que tu carta me dejó como el culo.³⁵ Recuerdo que cuando había leído el libro por primera vez, los dos ejemplos que me habían entusiasmado más que todos los demás, por la brillantez del análisis, eran justamente aquellos desmontados por vos, “*aliquis*” y “*Botticelli/Boltraffio/Signorelli*”. En esta predilección de mi parte había, creo, un gusto un poco esteticista por el virtuosismo intelectual, tal vez en sí mismo (entre una explicación simple y una complicada pero “inteligente” elegir siempre la segunda). Es un vicio del cual temo no haber logrado liberarme del todo. De cualquier manera, tus interpretaciones me parecieron *espléndidas*, verdaderamente capaces de hacer *tabula rasa* con las freudianas. No podías desmentir mejor la afirmación sobre la “irrelevancia o casi” de tus competencias científicas (de filólogo clásico) hecha al principio de la carta. En realidad, leyendo las interpretaciones que haces de los dos *lapsus*, resulta claro que en este sector el competente sos vos y no Freud, y así es que, si se afirma, como hacen (me parece con obstinación cada vez mayor) los psicoanalistas que “el inconsciente es un lenguaje”, una competencia como la tuya se vuelve crucial. Por cierto, yo sigo estando convencido de que la

35. N. del t.: “lasciato di merda” en el italiano original.

Psicopatología de Freud se mantiene, pese a todo, en pie, no obstante los errores monumentales con los que comienza, porque (como vos mismo admitís) en muchos, muchísimos, otros ejemplos, más simples, el análisis de Freud funciona. Pero el valor crucial de tus interpretaciones me parece indudable, en el sentido de la alternativa que señalás vos, entre explicación “banalizante / científica” e “individualizante / bruñido”. Espero con grandes ansias que retomes estas observaciones y escribas una nota o un artículo. Me parece (como decía)³⁶ que la discusión “de izquierda” sobre el psicoanálisis es, en Italia, prevalentemente o exclusivamente de tipo ideológico, esto es, sobre el uso del psicoanálisis en la sociedad tardo capitalista, la integración de Freud, etc., lo que implica dar por descontado que el psicoanálisis tiene un carácter científico. En este sentido, tu discurso, no ideológico sino científico, aunque sea³⁷ circunscripto a un ámbito preciso, el de tus competencias, me parecería muy importante (¡ni hablemos de la irrelevancia de la filología clásica para una discusión sobre el materialismo!). En verdad, *espero mucho* que escribas un artículo como ese.

36. Las palabras entre paréntesis fueron agregadas entre líneas.

37. “científico, aunque sea” es un agregado entre líneas.

Me ha llegado el rumor de que estás discutiendo, o has discutido, sobre estos argumentos con Francesco Orlando. Como ha comentado Adriano Prosperi, que te manda muchos saludos, “Freud está en buenas manos”. Por cierto, infinitamente mejores que las mías. Perdoname por el largo silencio.

Un afectuoso saludo,
Carlo

— IV —³⁸

Florenia, 14 de mayo de 1971.

Querido Carlo,

tu carta, como puedes imaginar, me ha causado un grandísimo placer. Pero tu entusiasmo sigue siendo excesivo. Sí, creo todavía que la explicación de aquellos dos *lapsus* con los cuales se inicia la *Psicopatología de la vida cotidiana*, y que las explicaciones por mí propuestas son más verosímiles, y estoy muy contento de que a vos también te parezca eso. ¡Desde la primera edición del libro de Freud hasta hoy, quién sabe cuántas toneladas de bibliografía se habrán acumulado sobre estas (y sobre otras) explicaciones de *lapsus*! Es extremadamente probable que las explicaciones alternativas que te he propuesto hayan sido ya sugeridas por

38. Una página mecanografiada, con agregados y correcciones en tinta, en posesión de Carlo Ginzburg.

estudiosos anteriores y, quizás, hayan sido objeto de debate entre freudianos y anti-freudianos. Para poder transformar en un articulo las cosas que te escribí en aquella carta sería necesario, primero, que yo diera al menos³⁹ una ojeada a una parte de esta bibliografía. Y esto me asusta, porque, entre otras cosas, no tengo ninguna idea de dónde se deba comenzar. Discusiones particulares de este tipo deben haber tenido lugar, imagino, no tanto en obras generales a favor o en contra del psicoanálisis, sino en artículos de revista. Tal vez sería necesario que yo, con un poco de descaro, escribiese por ejemplo a Musatti para rogarle que me indicase cuáles publicaciones merecen ser leídas. Orlando sabe sin dudas mucho sobre psicoanálisis y sus aplicaciones a la crítica literaria y otras disciplinas, pero no sé si conoce contribuciones específicas sobre explicaciones puntuales de *lapsus*, aparecidas quizás en revistas austríacas o alemanas de neuropsiquiatría a inicios del siglo XX. Intentaré preguntarle de todos modos. Pero incluso con estas indicaciones, la idea de tener que digerirme muchos de estos artículos me asusta un poco: tanto más porque, repito, lo que yo escribí debe haber sido escrito con toda probabilidad por otros.

Se entiende, además, sobre esto estamos perfectamente de acuerdo,

39. “al menos” es un agregado marginal.

que un artículo de ese tipo tendría consecuencias limitadas: no es, por cierto, mediante la destrucción de dos o diez explicaciones de *lapsus* que se destruye el psicoanálisis. También por esto, tal vez, no vale la pena perder tanto tiempo de investigación.

Muchos saludos afectuosos también a Prospero, esperemos poder vernos alguna vez.

Sebastiano

— V —⁴⁰

Bolonia, 18 de marzo de 1975.

Querido Sebastiano,

tu libro⁴¹ es apasionante, importante y en gran parte del todo convincente. Busco explicar en qué sentido me parece convincente en gran parte y no del todo. Las explicaciones de los *lapsus* singulares que contraponés a las de Freud son *muy*⁴² convincentes; pero al momento de hacer las cuentas se experimenta (esto es, experimenté) un sentimiento de decepción. Es como si la táctica de tu investigación fuese clara, y la estrategia mucho menos. Entendámonos:

40. Cuatro páginas mecanografiadas, con correcciones a mano, en posesión de Maria Augusta Morelli Timpanaro.

41. *Il lapsus freudiano. Psiconalisi e critica testuale*, Florencia, La Nuova Italia, 1974.

42. “Muy”, subrayado a mano.

no digo que no hayas *refutado* a fondo a Freud, propósito absurdo, como bien decís, y que evidentemente no te pasó nunca por la cabeza. La cuestión es otra. Cuando, en la p. 174 exponés las implicancias de cuanto has venido exponiendo hasta ese momento, escribís: “Nuestras explicaciones de *lapsus* y de amnesias ... presuponen un inconsciente en el cual tienen *gran parte* procesos ‘mecánicos’, tendencialmente insertables en una psicología pavloviana, etc.” (el subrayado es mío). Gran parte, pero no del todo, esto es, parece que admitís que una parte al menos de la actividad del inconsciente posee las características de finalidad supuestas por Freud. Ahora bien, ¿no es justamente este el gran descubrimiento de Freud? Por cierto, Freud exageró al ver intencionalidad por todas partes, con el resultado de negar toda forma de mecanicidad inconsciente. Y esto lo demostrás perfectamente. Pero identificar, como hacés en la p. 176, esta “intencionalidad” descubierta por Freud con la “tendencia instintiva de cada ser humano a hacer valer la necesidad propia de felicidad contra cada represión” me parece demasiado genérico. Tengo la impresión de que te apresurás a la objeción que te formulás a vos mismo en la p. 176.⁴³ En otras palabras,

43. “a vos mismo” es un agregado a mano sobre la línea.

incluso si solamente una pequeña parte de los *lapsus* consienten una interpretación “freudiana”, el descubrimiento de Freud permanece en pie. Dicho esto, tu libro es muy importante por muchas razones, la primera de las cuales es que sólo críticas como las tuyas (y es de desear que otros contribuyan con sus competencias especializadas a criticar otros aspectos del psicoanálisis) podrán hacer emerger el núcleo de cientificidad del psicoanálisis. Me parece importante, esto es, que la discusión sobre el psicoanálisis no se agote en un rechazo motivado sólo ideológicamente (por lo demás, también en este sentido escribiste páginas muy felices).

Hay una parte del libro que me interesó particularmente: aquella sobre la contraposición entre magia concreta y ciencia abstracta. Me gustaría que pudieras volver en el futuro a este punto. Por ejemplo, ¿no creés que la historiografía, si consideramos todo, pueda estar bastante cercana al “carácter concreto” de la magia? Veo que sólo ocasionalmente mencionás a Kuhn: no sé si leíste su libro *La estructura de las revoluciones científicas*,⁴⁴ su lo hiciste tal vez no te gustó. A mí me gustó mucho. Pien-

44. N. del t. La obra de Kuhn se publicó en inglés por primera vez en 1962, con agregados sustanciales en 1969. Las ediciones en español son muchas, entre ellas México, FCE, 2005.

so que la historiografía es todavía una disciplina en un estado “preparadigmático” (en la acepción de Kuhn). (Tal vez el prólogo del '59 a la *Contribución a la crítica de la economía política*⁴⁵ pueda comprenderse como un paradigma, demasiado genérico, de todos modos, respecto de los paradigmas de las ciencias propiamente dichas). En este sentido, gran parte de las cosas que escribe el reaccionario e inteligentísimo Veyne (*Cómo se escribe la historia*)⁴⁶ me parecen justas. Para convertirse en ciencia en todo sentido, ¿la historiografía no debería abandonar las pretensiones totalizantes y concentrarse en el mejor menos pero mejor? Y, sobre todo, ¿no debería abandonar la consideración individualizante a cualquier costo de los hechos sociales?⁴⁷ Respecto de este último punto, me relé, a partir de la p. 74 del *Lapsus freudiano*, aquello que escribías en *Sul materialismo*; debo decir que me convenció sólo en parte. ¿No te pa-

45. N. del t. Abundan, como es obvio, las ediciones en español. Entre ellas, Buenos Aires, Siglo XXI, 1980, publicada con traducción, notas y advertencia de Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Aricó.

46. N. del t. Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984 (publicado en francés por Seuil en 1971).

47. Las palabras “a cualquier costo” están agregadas a mano.

rece que la observación sobre las “historias individuales” en cuanto tales sustraídas a cualquier contraprueba (*Lapsus*, p. 197) pueden llevar bastante lejos?

Son sólo preguntas confusas, nacidas en parte de la lectura de tu libro. Para volver a él, quizás se te escapó una reacción negativa, muy típica, contenida en un artículo sobre no sé qué representación teatral romana, aparecida en el mismo número del *Paese sera* en el que se publicó la reseña de Di Mauro. Lamento no tener el recorte. En cualquier caso, es placentero pensar en la irritación que tu *Lapsus* habrá provocado y provocará en gente como Mario Spinella o la banda de ladrones que publica *Il piccolo Hans*. Te felicito anticipadamente por las críticas que recibirás de ese lado.

Afectuosamente,
Carlo

PS. En las pp. 172-173, distinguís justamente entre reconocimiento de la biogenicidad del hombre y reivindicación de las actividades alógicas de la psique humana. Sin embargo, das la impresión de sostener que esta reivindicación debería resultar *siempre* en el reconocimiento (en última instancia “religioso”) de una presunta superioridad de las actividades alógicas sobre el intelecto. Ahora bien, esto me parece a) histórica-

mente falso, b) un achatamiento racionalista de las actividades alógicas, que por cierto existen -y no reconocer su existencia significa hacerlas un coto de caza para curas e irracionalistas. ¿Creés que sería posible por ejemplo explicar el sueño, el lenguaje alógico del sueño, en términos al menos prevalentemente mecánicos como lo has hecho con los *lapsus*?

— VI —⁴⁸

Florenia, 1º de abril de 1975,
via Ricasoli 31

Querido Carlo,

Muchas gracias por tu lectura y por tu juicio finalmente demasiado benévolo respecto del librito freudiano. ¡Estaría muy contento si el libro encontrase consensos en la medida en que has concedido vos! Por lo que puedo comprender a partir de las cartas recibidas hasta ahora (reseñas hubo pocas hasta ahora: la de Di Mauro, demasiado genéricamente favorable, recibió en el *Paese Sera* una reacción tan violenta de un colega suyo de Salerno que probablemente ha leído sólo la reseña y no el libro), los disensos son mucho más vastos

48. Dos páginas mecanografiadas (la primera escrita sólo sobre el recto, la segunda en recto y verso) con correcciones y agregados a mano, en posesión de Carlo Ginzburg.

y radicales: o las explicaciones “no freudianas” son refutadas en bloque, o, peor todavía, se recurre a una teoría de la “doble verdad”: los dos tipos de explicaciones no se excluyen, son válidas en dos niveles distintos (pero se da a entender que el nivel más profundo y decisivo es aquél de las explicaciones freudianas y que las explicaciones no freudianas deben permanecer en su papel modesto de *Begünstigungen* asignado a ellas por Freud).

Intento ahora responder a tus observaciones, pero tené en cuenta que se trata de respuestas provisionarias y que todavía tengo que pensar más sobre ellas.

“Incluso si solamente una pequeña parte de los *lapsus* consienten una interpretación ‘freudiana’, el descubrimiento de Freud permanece en pie”. Sí, permanece en pie, pero muy fuertemente redimensionado, y no sólo en sentido cuantitativo (los *lapsus* y, más aún, las amnesias de tipo “no freudiano”⁴⁹ constituyen una mayoría abrumadora, mucho más abrumadora de lo que pueda resultar de un simple re-examen de los casos citados en la *Psicopatología*, porque estos fueron ya “seleccionados” entre los que más fácilmente admiten una interpretación freudiana), sino también cualitativo: los *lapsus* “freudia-

49. “non” es un agregado a mano sobre la línea.

nos” pertenecen casi todos a la categoría que, para entendernos, he denominado del “*lapsus-gaffe*” y que era ya bien conocida antes de Freud (cfr. pp. 87-89, 108, 128 de mi libro): casi todos estos *lapsus* se refieren no al material psíquico verdaderamente reprimido y empujado al inconsciente, sino, en el mejor de los casos, a material psíquico preconscious, en el peor incluso a pensamientos, temores, deseos presentes en el yo consciente. El sujeto tiene un gran miedo de que una determinada palabra “se le escape” y es justamente ese temor el que hace que, en efecto, la diga. ¿Se puede hablar de “retorno de lo reprimido” en casos como estos? Diría que no. En otros casos, Freud tiende a presentar como *lapsus* aquello que, con toda probabilidad, son bromas (p. 109 s.) o de hecho mentiras conscientes (p. 110). En otras palabras, es justamente porque el inconsciente es dotado por Freud de todas las características (intencionalidad, “lenguaje”, etc.) que son propias del yo consciente, que se concluye que las explicaciones más persuasivas de los *lapsus* “freudianos” son aquellas que se refieren... al yo consciente. La diferencia entre el yo y el ello tiende cada vez más a reducirse, en Freud, a una diferencia entre “insinceridad” y “sinceridad”.

¿Es necesario, entonces, negar al inconsciente todo finalismo? No; pero, si no queremos que el incons-

ciente se convierta simplemente en nuestra más verdadera “personalidad” (con el resultado de darle, a fin de cuentas, una refiguración animista), debemos comprender este finalismo como *instinto* (p. 176). Formulación demasiado genérica, dirás; y tendrías perfectamente razón. Cualquier neurofisiólogo o etólogo animal estaría hoy dispuesto a reconocer que “instinto” es una palabra que indica algo que debe, en gran medida, ser explicado todavía. Pero una clarificación científica de lo que se debe comprender por instinto me la espero más de un pavloviano, o de un “mecanicista”, que de un freudiano.

“¿No creés que la historiografía, si consideramos todo, pueda estar bastante cercana al ‘carácter concreto’ de la magia?” Aquí estoy muy mal preparado, y corro el riesgo de decir sandeces. Puede que la historiografía esté efectivamente en estas condiciones. Está por verse si nuestro esfuerzo debe orientarse a hacerla progresar de la magia a la ciencia o si se cree que la historiografía debe permanecer “mágica”, que su verdad consiste de hecho en su interminable carácter “historicista-intuicionista”, “antinaturalista”, etc. Yo (creo que vos también)⁵⁰ optaría por la primera alternativa en este dilema. Y no sería tampoco tan pesimista respecto del

50. Las palabras entre paréntesis son un agregado a mano.

estado actual de la historiografía (mucho menos respecto del estado de la historiografía en tiempos de Heródoto o del famoso Fabio Píctor, sobre quien aquella vez te entretuvo tanto Momigliano, ¿te acordás?). La filología misma, que constituye el momento preliminar de toda historiografía: interpretación de los testimonios, comparación y crítica de las fuentes, etc., es, por cierto, una ciencia muy inexacta, pero es una ciencia, al menos tendencialmente. Si no tiene “leyes” inderogables, tiene “normas”, “criterios metodológicos”, esto es, en el fondo, “leyes estadísticas”.

Por cierto, para convertirse en ciencia la historiografía deberá abandonar las “consideraciones individualizantes a cualquier costo de los hechos sociales”. No creo, sin embargo, que cada exigencia de conocimiento individualizante sea necesariamente anticientífica. Sobre este punto, estaría al menos provisionalmente de acuerdo con lo que escribe Lepschy en las pp. 22-23 de la edición italiana de su *Lingüística estructural*: todavía más, agregaría al ejemplo del ingeniero (porque me parece más fecundo para desarrollarlo) el del médico.⁵¹

51. N. del T. Giulio C. Lepschy, *La lingüística estructural*, Barcelona, Anagrama, 1971. Puede que Timpanaro se refiera a la edición de Einaudi de 1966.

En las pp. 172-173 probablemente me haya expresado de forma poco clara; pero no me parece que de mis palabras se pueda decir que yo considero el éxito “religioso” del reconocimiento de las actividades alógicas de la psique como un éxito inevitable: hablo de *dos vías*, una en dirección materialista, otra en dirección religiosa; y digo que es fácil confundirlas aunque en realidad son *opuestas*, y que tal confusión ha ocurrido con mucha frecuencia. Pero no digo, y tampoco pienso, que eso haya ocurrido siempre ni que sea⁵² inevitable: de lo contrario, declarararía que toda posición materialista es imposible y que las únicas alternativas son un racionalismo “panlógico” o formas diversas de irracionalismo: ¡faltaría más! Entre quienes se balancean entre materialismo y privilegiar las actividades alógicas como tendencialmente religiosas, cito a Vico, Rousseau, gran parte del llamado pre-romanticismo. Estos ejemplos serán discutibles; pero no cito a Diderot ni a La Mettrie, porque creo que ellos no son ni racionalistas reductivos ni irracionales, sino materialistas, que reconocen el carácter ferino del hombre.

“¿Creés que sería posible por ejemplo explicar el sueño, el lenguaje aló-

52. “ocurrido siempre ni que sea”, palabras agregadas a mano al final de la página, con una llamada en el texto.

gico del sueño, en términos al menos prevalentemente mecánicos como lo has hecho con los *lapsus*?” No, creo que el sueño implica problemas mucho más difíciles y complejos que el *lapsus*. Pero de todos modos creo que la teoría freudiana del sueño no puede escapar a un juicio muy severo, porque en ella, quizás más que en la del *lapsus* aparece a plena luz su no-desmentibilidad. Las “falsas claves” con las que Freud demuestra que todos los sueños son sueños de deseo (y no, por ejemplo, sueños de angustia) son, en mi opinión, un escándalo científico. Y el uso de la simbología es tal que se sustrae a cualquier contraprueba. Creo que sin pasar por investigaciones neurofisiológicas (como, por lo demás, se hace ahora) no se puede ni siquiera esbozar una teoría del sueño dotada de un mínimo de validez.

¡No te engañes por el tono cortante! En realidad, estoy lleno de dudas; y sé bien que con mi librito he logrado bastante poco, también porque, como de costumbre pero más de lo habitual, hice un pastiche de pedantería filológica y de disparates cómicos. Tal vez el capítulo menos malo sea el décimo, aunque parezca el más aburrido de todos y en efecto lo sea.

Gracias de nuevo, hablaremos de nuevo, espero, respecto de todo esto. Muchos saludos afectuosos,

Sebastiano

(*Addendum* a p. 118 n. 10 la grafía *Niebuhr* se encuentra tres veces en una carta de Romagnosi referida por Saitta en el libro sobre *Sinistra hegeliana e problema italiano negli scritti di A.L. Mazzini*, pp. 332-333.⁵³ ¡El propio Romagnosi, por lo que parece, hacía esfuerzos vanos por reprimir el deseo de ir de putas! Y sin embargo Cattaneo, en la minuta de una carta a Ascoli escribió: “he vivido quince años con Romagnosi y nunca me di cuenta de que supiese otras lenguas además del latín y el francés”).

— VII —⁵⁴

[Florencia, mayo-junio de 1978]

Querido Carlo, como ves, atravieso un período amargo. Te agradezco las cartas y el ensayo que, poco antes de la muerte de mi madre, leí con gran interés.⁵⁵ Espero escribirte dentro de

53. N. del t. Entiendo que la obra, publicada en 1968 en Roma por el Istituto italiano per l'età moderna e contemporanea, no tiene traducción en español.
54. Mensaje escrito a mano en un cartoncito que da noticia de la muerte de Maria Timpanaro Cardini, ocurrida el 4 de mayo de 1978.
55. La carta, perdida, probablemente acompañaba el envío del ensayo “Spie. Radici di un paradigma scientifico”, *Rivista di storia contemporanea*, 7, 1978, pp. 1-14 (primera versión,

no mucho tiempo con mis impresiones provisionarias, y luego hablaremos de nuevo en julio. Gracias por haber prestado atención, aunque sea en el disenso, a mi librito, al que los psicoanalistas oficiales han contrapuesto el más total de los silencios (mientras me escriben las más estúpidas insolencias por carta privada, como Fachinelli).

Un saludo afectuoso de tu
Sebastiano

— VIII —⁵⁶

Nueva dirección: 50123 Florencia, via Ginori 38
12 de marzo de 1985

Queridísimo Carlo,
gracias por tu ensayo sobre Dumézil,⁵⁷ en verdad ejemplar por la ausencia de esquematismo, porque presenta, en todas sus tormentosas

- mucho más breve, del ensayo “Spie. Radici di un paradigma indiziario”, aparecido en *Crisi della ragione*, editado por A. Gargani, Turín, Einaudi, 1979, pp. 59-106).
56. Hojita escrita a mano en recto y verso, en posesión de Carlo Ginzburg.
57. C. Ginzburg, “Mitología germánica y nazismo: acerca de un viejo libro de Georges Dumézil”, en *Mitos, emblemas, indicios...*, op. cit., pp. 176-198. Publicado originalmente en *Quaderni storici*, 57, 1984, pp. 857-882.

complicaciones, trayectorias que fueron verdaderamente tormentosas. Es cierto, no se puede condenar un resultado científicamente justo porque haya sido producido por una ideología pésima o, de hecho, en parte, obtenido gracias a esa ideología. Me encontré a mí mismo obligado a concluir esto (aunque sin olvidar las distinciones) a propósito de la lingüística indoeuropea decimonónica. Y aun así, ¡qué alivio cuando se tiene la fortuna de encontrar a un Ascoli, grandísimo lingüista y, al mismo tiempo, democrático y, a la vejez, filosocialista y anti-irredentista, judío no renegado, pero al mismo tiempo antisionista! Aunque quede firme tu justa posición de principio, ¿no sobrevalúas un poco científicamente a Dumézil? Yo entiendo poco del asunto, pero sospecho que no quedará mucho de sus estudios indoeuropeos.

Te mandé un artículo sobre la fobia que Freud tenía de ir a Roma.⁵⁸ Temo que no te gustará. Objeciones, incluso severas, son bienvenidas. Pero de una cosa no tengo culpa: de la pésima traducción al inglés, tan mala que yo mismo, que soy malísimo para el inglés, me di cuenta de ello. Me lo publicaron sin dejármelo revisar.

58. S. Timpanaro, “Freud’s ‘Roman Phobia’”, *New Left Review*, 147, septiembre-octubre 1984, pp. 4-31.

Gracias de nuevo, un afectuoso saludo,

Sebastiano

— IX —⁵⁹

Bolonia, 23 de abril de 1985.

Queridísimo Sebastiano,

discúlpame por responder con demora (mi lentitud para responder cartas se ha vuelto crónica). Tu carta y tu extracto me dieron una gran alegría. Me tomo en serio tu invitación a formularte “objeciones, *incluso severas*”. Te diré que en estos años, en los cuales nuestras relaciones, aunque sea epistolares, se han diluido hasta detenerse (algo que no me ha gustado), lamenté no tener reacciones críticas, que imaginaba negativas (y severamente negativas) por ejemplo a mi ensayo *Indicios*. Creo que lo leíste y sé por amigos comunes que tu reacción al volumen en que apareció (*Crisi della ragione*) fue muy áspera,⁶⁰ lo que no me sorprendió; me pregunté si esta reacción involucraba igualmente a mi ensayo, y no me gustó que no me escribieras (porque habías sido un interlocutor

59. Cinco páginas mecanografiadas, con algunos agregados y correcciones a mano, en posesión de Augusta Morelli Timpanaro.

60. La palabra “áspera” es una corrección a mano sobre la línea.

implícito, como señalé en una nota).⁶¹ Todo esto son cosas viejas, te escribo sobre todo porque no hemos tenido nunca ocasión de hablar de ello, y también para decirte que yo también espero de vos, eventualmente, críticas incluso severas.

Quisiera liquidar pronto la discusión sobre un punto que en tu

61. Cfr. C. Ginzburg, “Spie. Radici di un paradigma indiziario”, p. 98, n. 48: “Aquí, como en otras partes, retomo algunas observaciones de S. Timpanaro, *Il lapsus freudiano. Psicanalisi e critica testuale*, Florencia, 1974, si bien dando vuelta, podría decir, su significado. En pocas palabras (y simplificando): mientras para Timpanaro el psicoanálisis debe refutarse porque se halla intrínsecamente cerca de la magia, yo trato de demostrar que no solamente el psicoanálisis sino la mayor parte de las llamadas ciencias humanas se inspira en una epistemología de tipo adivinatorio (respecto de las implicancias de ello, véase la última parte de este ensayo). A las explicaciones individualizantes de la magia, y a las características individualizantes de las ciencias como la medicina y la filología, había aludido ya Timpanaro, *El lapsus*, cit. pp. 71-73. (N. del t.: he tomado la traducción de la nota de la edición de Gedisa antes citada, pero modifiqué una palabra: donde el libro en español traduce “la psicanalisi è da rifiutare” como “es deleznable”, opté por el más moderado “debe refutarse”, que a mi juicio se ajusta mejor al original de Ginzburg.)

ensayo es marginal (marginal, quiero decir, respecto del núcleo de tu argumentación, no quiero decir que se trate de un punto marginal para vos en absoluto). Se trata de la frase que está poco antes del final (p. 31): “*Today the very term ‘anti-Semitic’ has lost all meaning, since the most immediate victims of Israeli arrogance are of Semitic descent*”, etc. Esto es literalmente verdad, es cierto: pero me parece que una frase como esta oscurece en el lector la percepción de dos fenómenos que conocés bien:

1. Más allá de los “*upsurges of Nazi and clerical anti-Semitism*”,⁶² el antisemitismo clásico, llamémosle así, en los países de Europa del Este (en Polonia sobre todo) está todavía vivísimo, aunque se enmascara con el lenguaje de una polémica antisionista. Es evidente que se trata de dos cuestiones completamente diversas. Pero en los países del llamado socialismo real, o como los quieras llamar, la primera actitud se expresa (cuando se expresa) por medio de la segunda. Yo no soy sionista, como sabés (recuerdo que firmamos los dos un texto en *Repubblica* poco después de la invasión del Líbano) y naturalmente no creo que ser antisionista signifique ser antisemita, faltaría más.

62. Las palabras “Más allá de” y “*upsurges of Nazi clerical anti-Semitism*” son agregados a mano sobre la línea.

Pero, de hecho, esta distinción no es *en todas partes* tan evidente.⁶³

2. La distinción crucial es obviamente aquella entre la política del estado de Israel y los judíos (israelitas o de la diáspora). O bien esta distinción es negada de hecho por los grupos árabes (terroristas o casi) que tienden a atacar, no sólo metafóricamente, a los judíos *en cuanto tales*.⁶⁴ Disparar contra los clientes del restaurante Goldenberger⁶⁵ en París, disparar contra los asistentes a una sinagoga de Roma, ¿es un gesto antisionista o antisemita? Disparar a un niño de ocho años, como en Roma, es monstruoso en cualquier caso, pero la distinción no me parece irrelevante. Ahora bien, tu frase sobre la mayoría de los judíos de la diáspora que “*identify with Israel, are indirect accomplices of its crimes*”, a mi juicio, legitima involuntariamente una indistinción entre la política del estado de Israel y los judíos en cuanto tales. *Sé bien* que una indistinción como esa conscientemente proclamada por esa carroña de Begin (seguramente recordás una declaración suya después de los disparos de París: quien golpea a uno de los nuestros, en cualquier parte, deberá pagar, etc.). Pero el problema es, si no me equi-

63. El subrayado está hecho a mano.

64. Subrayado a mano.

65. Corrijo un error en el texto (“Goldenberg”).

voco, el de sustraerse a la lógica de las venganzas y también de la pseudológica de las confusiones (entre Begin, los ciudadanos israelitas, los judíos de la diáspora, etc.). La noción de “cómplice indirecto” me atemoriza, porque me recuerda la de “responsable objetivo” (categoría estalinista). Imaginate que no te estoy acusando, justo a vos, de estalinista. Pero toda la cuestión es tremendamente intrincada: distinguir los errores de las razones es a estas alturas casi imposible. La política del estado de Israel me repugna (no solo aquella respecto de los árabes, sino también aquella respecto de Sudáfrica, por dar un ejemplo): y sin embargo no sé qué cosa quiere decir declararse “antisionista” (¿quizás declararse a favor de la desaparición del estado de Israel?). ¿Es posible todavía limitarse a repetir que deseamos un estado en el cual los israelíes y los palestinos convivan pacíficamente, una perspectiva bellísima pero cada vez más irreal?

Paso ahora a tu discusión de la fobia de Freud respecto de Roma. Me parece que tu explicación es convincente, en conjunto (y como siempre sucede con tus textos, aprendí un montón de cosas). Pero hay un punto que no me convence: la página (p. 14) sobre el padre de Freud. Me parece que aquí abandonás la actitud, que me parece muy fecunda, que te hace discutir a Freud bajando

de alguna forma a su terreno, sin refutar integralmente las adquisiciones del psicoanálisis. Ahora bien, el juicio que formulás respecto del padre de Freud es un juicio de adulto: y⁶⁶ si Freud, en edad adulta, pudo llegar a reconocer en el padre un hombre débil, etc., esto no excluye la eventualidad (en mi opinión la casi certeza) de que para el Freud niño el padre era un padre, esto es, la encarnación de la autoridad, una figura protectora, etc. La misma desilusión de Freud frente a la anécdota del padre que se agacha para recoger el sombrero se explica sólo de esta forma, como la desilusión de quien comienza a reconocer que la propia⁶⁷ imagen infantil del padre era muy distinta de la realidad. La frase “*even the child in earliest infancy would be hard put to feel sexual jealousy towards such a father*” me parece francamente inaceptable (a parte de la torpeza de la traducción). [...] Es cierto que más adelante, en la nota 42, hablás de “implicancias que sugieren una interpretación edípica” a propósito de la página de Freud sobre la visita a la Acrópolis, interpretación edípica que es por cierto muy distinta de la definición sugerida justo antes (“*expressions of an altogether pre-bourgeois morality*”). Freud se lamenta por haber ido más allá del padre, por

66. La palabra “y” está agregada a mano.

67. “propia”, agregado a mano.

Te abrazo afectuosamente,
Carlo

— X —⁶⁹

Bolonia, 14 de septiembre de
1992.

Querido Sebastiano,

leí (y en parte releí) *La “fobia romana”*,⁷⁰ que te agradezco mucho. Como tal vez recordarás, la última vez que nos encontramos (en Roma, en el instituto arqueológico germánico) hablamos justamente del ensayo sobre la fobia romana de Freud, que ahora volviste a publicar; y yo te decía que tu frase sobre la pérdida de sentido del término “antisemitismo” me parecía inaceptable. (No pensé nunca que se tratase de un “sofisma vulgar”, como expresaron los “amigos disidentes” de quienes hablás en la p. 85). Frente a la política sostenida por Israel en las zonas ocupadas, creo haber exhibido durante estos años una repugnancia no menor que la tuya, y pienso de haber exhibido un alivio análogo al tuyo al ver que algo se está moviendo (incluso si los palestinos, también por errores innumerables de sus dirigen-

haberlo superado en algún modo, un sentimiento que se explica sólo a la luz de la imagen del padre que tenía en la infancia, no a la luz de sus sentimientos de adulto, porque el contraste entre Freud padre y Freud hijo en términos de éxito social era demasiado evidente, y Freud hijo no podía no ser consciente de ello. Entonces, vos aceptás este sentimiento de rivalidad como referido “*broadly*” al complejo edípico (p. 29), pero no admitís el pasaje, propuesto por Musatti[,] a la otra cara del complejo edípico (el vínculo incestuoso con la madre). En este caso, creo que tenés razón. Me parece, sin embargo, que este pasaje del ensayo contradice lo que escribís en la p. 14 (incidentalmente, no sé si viste sobre las relaciones entre Freud y su padre el libro de Marianne Krüll, *Padre e figlio*, Boringhieri, 1982; que no te gustará, probablemente, pero que tiene un montón de datos útiles). (Entre paréntesis: te mandaré yo también un ensayo sobre Freud, saldrá creo en algunos meses, que preveo te gustará todavía menos).⁶⁸

En suma, espero que exista la posibilidad de continuar con nuestro disenso sobre Freud y sobre otras cosas: por carta y, alguna vez, espero, en vivo.

68. C. Ginzburg, “Freud, l’homme aux loups et les loups garous”, *Études des Lettres*, n. 4, 1985, pp. 51-62.

69. Dos páginas mecanografiadas, en posesión de Maria Augusta Morelli Timpanaro.

70. S. Timpanaro, *La “fobia romana” y otros escritos sobre Freud y Meringer*, Pisa, ETS, 1992.

tes, el último, clamoroso, fue el apoyo a Saddam Hussein, alcanzarán seguramente objetivos sólo parciales). Pero el hecho de que los palestinos sean semitas no implica, de hecho, que se haya terminado el antisemitismo, en cuanto ideología racista prevalente o exclusivamente antijudía. Lo que sucedió en Europa desde 1985 hasta hoy lo ha confirmado ampliamente: aparecen variantes de antisemitismo (de hecho, antijudaísmo) en situaciones caracterizadas sea por la presencia de judíos (Rusia) o por su ausencia sustancial (Polonia, Austria). Todo esto no tiene que ver mínimamente con tu ensayo: hablo de ello solamente porque entiendo tu indignación frente a la posibilidad de que alguno pueda haberte considerado, aunque sea por un momento, como escribís, “antijudío”.

Tu interpretación de la “fobia romana” me parece una vez más en un todo convincente (me lo había parecido ya en la primera lectura). Algún punto particular me deja un poco perplejo: por ejemplo, el contraste entre las notas 46 y 47 (mi reacción al ensayo de Schorske, que leí hace muchos años, fue muy diversa de la tuya: debería releerlo, pero a la luz de tu nota 50). Perplejo me deja también la objeción hecha al complejo de Edipo sobre la base de la suavidad de la actitud no cas-

trante⁷¹ de Jakob Freud: no es el único de tus argumentos, de acuerdo, pero este me parece débil. Si se niega preliminarmente la existencia de una amplia reelaboración fantasmática en la relación edípica, toda discusión con el psicoanálisis se vuelve inútil.

Con gran interés leí el ensayo sobre Meringer y tu posdata. Las páginas 162-165 proponen una vez más, de manera apasionante, el problema teórico que estaba en mi opinión en el centro de tu libro sobre el *Lapsus freudiano*: el de la relación entre explicación y fenómenos individuales. En lo que escribís en la p. 164 me parece leer el reconocimiento de que las “exageraciones” (frecuentemente llevadas al absurdo) son un precio que Freud pagó por llegar a sus descubrimientos. (Algo análogo, en el plano gnoseológico, a la complementariedad entre el lado odioso y el lado heroico de la personalidad de Freud de la que hablás justamente en la p. 50, nota 26). No todos los descubridores pagan este precio, es cierto, no todos en la misma medida: pero me parece que se puede decir que la acumulación del conocimiento procede con frecuencia por estratos, a través de exageraciones poco a poco correctas.

No nos vemos nunca, y eso no me gusta. Con frecuencia hablo de

71. En el texto “no costrante” (n. del t. “noncostrante” en italiano).

vos en Los Ángeles con Perry Anderson, con quien he construido una gran amistad.

Afectuosamente,
Carlo

— XI —⁷²

50123 Florencia, via Ginori 38
24 de junio de 1955.⁷³

Querido Carlo,

te agradezco mucho tu carta de felicitaciones.⁷⁴ Si se consideran todas las personas que recibieron el Premio Feltrinelli y todas las que no lo recibieron, así como las que sólo fueron nominadas socios de la Accademia dei Lincei y las que quedaron afuera (naturalmente las meritorias siempre estuvieron, pero por ejemplo nuestro Augusto Campana, cuya desaparición lloramos, llegó tarde a convertirse en socio correspondiente, no lo promovieron a socio nacional, no tuvo nunca un Premio Feltrinelli, ¡y es sólo un ejemplo!) no hay mucho de qué enorgullecerse. Pero te agradezco por la amistad que, más allá de nuestras divergencias “freudianas” y “palesti-

nas”, conservás por mí, como yo por vos.

Desde el otoño del '93 [...] yo, ya neurótico como recordarás, me volví neurotiquéisimo. A los 71 años, me parece tener 100, e incluso en lo que hace a los estudios hago más bien poco, casi nada. Agregá que, en el actual clima político (pero también ético y cultural), me siento por completo un sobreviviente. Espero verte alguna vez. Con Perry Anderson, de quien no sé más nada, ¿todavía te ves?

Un saludo muy afectuoso de tu,
Sebastiano

72. Un folleto escrito a mano en recto y verso, en posesión de Carlo Ginzburg.

73. *Lapsus* por 1995.

74. No está disponible, escrita cuando otorgaron a Timpanaro el premio Feltrinelli de parte de la Accademia dei Lincei.